

Ejecuciones públicas.

(Dato previo. Se prohibieron en España en 1900).

También las ejecuciones públicas volvieron en España durante la guerra civil en la zona ocupada por los militares sublevados a partir de julio de 1936 y en ocasiones era aconsejable asistir a ellas para subir en el escalafón en esa Falange inundada de «camisas nuevas» o para evitar sospechas o denuncias. En Zaragoza, el padre Gumersindo de Estella reprendió a más de uno que «pretendía acreditarse derechista y que quería conseguirlo a costa de los reos». Cuanto más famoso era el personaje, más gente iba al espectáculo. Como cuando pasaron por las armas al general Domingo Batet Martínez el 18 de febrero de 1937 en Burgos. Eran las siete y media de la mañana y según un despacho de la agencia Logos, «el fusilamiento fue presenciado por unas quinientas personas».

Muchos de los que se acercaban a esas horas de la madrugada a presenciar las ejecuciones eran católicos. En Valladolid iban tantos «que se instalaron puestos de churros y café para que pudieran comer y beber mientras miraban». Si creemos a Julián Zugazagoitia, en la masacre de la plaza de toros de Badajoz, en agosto de 1936, se distribuyeron invitaciones para ver el espectáculo. Unos días después, en aquel tórrido agosto de 1936, hubo también espectáculo en la plaza del Torico de Teruel cuando espectadores voluntarios y forzados asistieron al asesinato a sangre fría de 13 presos sacados del Seminario, entre los que se encontraba José Soler, director de la Escuela Normal. Un barrendero municipal limpió la sangre con una manguera y después una banda de música dio un concierto.

(Pág. 192. Todos estos datos tienen fuente identificada en la nota 36 de capítulo 6 del libro. Si le interesa alguien la cita de esta nota, se la envió por email).

Acceso a la democracia.

La democracia consolidada por primera vez en la historia de los países de la Europa Occidental y del Norte no se extendió a la península ibérica ni a Grecia hasta mediados los años setenta. Las dictaduras derechistas, que

habían sido dominantes desde los años veinte, desaparecieron de Europa, salvo en Portugal y España. Francisco Franco y Antonio Oliveira de Salazar fueron, por lo tanto, los únicos dictadores que, como no intervinieron oficialmente en la Segunda Guerra Mundial, pudieron seguir en ella tras ella. Esa es una gran diferencia entre las dictaduras de Europa del este, destruidas por la guerra, y las de la península ibérica; y entre Franco y Salazar y todos esos dictadores, fascistas o no, que fueron ejecutados o acabaron en el exilio tras 1945.

Desde el punto de vista de la democracia y de las libertades, España, Portugal y Grecia y la Europa Central y del Este, desde la frontera austriaca hasta los montes Urales, desde Tallin hasta Tirana, quedaron fuera de esa complaciente descripción del continente que procedía de Gran Bretaña, Francia y Alemania Occidental. La paz Enel este de Europa fue impuesta por el Ejército Rojo, «la paz de las prisiones, impuesta por lo tanques». Durante varias décadas hubo al menos tres Europas, y no solo dos bloques, aunque los cincuenta millones de ciudadanos de España, Grecia y Portugal no contaran nada o se encontraron mal dentro de la Europa capitalista y democrática.

(Pág. 198. El entrecomillado sobre lo tanques procede de Tony Judt, *Posguerra*, p.25).